

MENIS KOUMANDAREAS

EL APUESTO CAPITÁN

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO
DE PEDRO OLALLA

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Ο ωραιος λοχαγός*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by S. Patakis SA & Alexandra Tranta, Atenas
© de la traducción, 2024 by Pedro Olalla González de la Vega
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-86-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 1133-2024

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Lili Koumandarea.

Con el tiempo, mis visitas al señor magistrado se han ido distanciando; queda una sensación de tarde de invierno al resguardo del frío y de la lluvia, en una estancia con diplomas enmarcados, fotografías, reliquias, butacas de oficina tapizadas en cuero y un agrio regusto de té con limón. Más que un salón, se diría el archivo de un funcionario judicial en el que se acumulan historias de un tiempo ya cumplido—hombres, mujeres, familias, oficios—, infinitas cuestiones que flotan en el aire iluminadas por un postrero rayo de sol. Me atraen esas historias; y me aterran.

Mientras estoy terminando la primera taza de café, sabiendo que ha de seguir una segunda, se vuelve y me pregunta:

—¿Cómo va tu caso?

—Como siempre—respondo—. Pendiente.

Los ojos del anciano se pierden en los cuadros que le rodean.

—Es normal—murmura—, comprensible que lo mantengan así. Tú, sin embargo—y se vuelve de nuevo hacia mí—, insiste, no dejes de insistir—dice clavando su mirada.

No es seguro que me mire a mí. Desde que, no hace mucho, me lo presentaron en la Corte Suprema, ya jubilado, y él me invitó a su casa, su mirada tiende cada vez más a volverse hacia un pequeño dibujo enmarcado, único adorno en los estantes de su biblioteca. Es el retrato de un joven oficial de hermosas facciones, suavemente trazadas al carbón.

—Y seguiré insistiendo—digo—, al menos mientras usted siga negándose a contarme la historia que me prometió la primera vez. ¿Recuerda?

Me mira, tratando de saber de qué ocasión le hablo.

—¿Y qué ganarías con ello?—escucho decir a su voz, atrapada en la taza de porcelana, que él apura con avidez senil—. Todos los casos que han pasado por nuestro tribunal han tenido en común la injusticia, que éste invocaba y que era la razón de su existencia. Y también nuestras sentencias (absolutorias o condenatorias, lo mismo me da) han tenido en común un mismo dios: la ley y su aplicación. Tú, como afectado, deberías saberlo. ¿Qué puede reportarte, pues, una historia más?

Resulta evidente su arrogancia cuando hace referencia a la Corte Suprema, a la que considera su propio tribunal.

—¡Cómo no!—insisto yo, a mi vez—. Esa historia me ha dado la ocasión de conocerle. Y, por lo que sé, es un caso que causó sensación y dio mucho que hablar en su tiempo. Gesticula.

—No creas lo que dicen. Todos los casos que, como dices, causaron sensación en su tiempo acaban enterrados en tiempos posteriores, como si fuera por venganza del brillo y el aplomo que tuvieron cuando aún eran jóvenes y atractivos. Lo mismo pasa con las personas. Se arrugan y se ajan—dice con malicia—. ¡No entiendo cómo aún se acuerdan de él!—exclama con la vista puesta nuevamente en el cuadro.

Tomo un sorbo más y espero.

—Por el contrario—continúa diciendo—, el caso del que hablas pasó, en cierto modo, sin pena ni gloria, lejos de los salones luminosos en los que nos gusta dejarnos ver; su recuerdo, no obstante, es ahora más vivo y duradero de lo que fue en el tiempo en que, dicho sea de paso, nos ocupamos de él—dice mirando la gorra que reposa sobre mis rodillas.

—Entonces—replico—, razón de más para que me lo cuente.

—Siempre optimista—me espeta secamente—. A usted su juventud le fía tiempo con generosidad. ¿Hasta cuándo, no obstante?

—Hasta que llegue a la edad en que usted está ahora—respondo, cambiando de rodilla la gorra.

Me observa; luego se vuelve nuevamente y mira el desvaído dibujo del oficial de impecable uniforme, con sus tres estrellas plateadas y la gorra con escudo haciéndole sombra sobre los ojos. Lo mira como si, de un momento a otro, fuera a infundirle vida. Un poco más y ese oficial de mi misma graduación, mi hermano gemelo, dará un paso al frente saliéndose del cuadro y vendrá a sentarse en la misma butaca de piel en la que yo me siento.

—Está bien—prosigue el anciano con una inesperada voz clara, casi juvenil—. Si así lo deseas, si eso es lo que buscas, te contaré la historia. Te advierto, sin embargo, que no será agradable, y por eso he evitado contártela hasta ahora. Es la historia del apuesto capitán—me dice—; voy a darle ese título para despreocuparme.

Era un soleado día de otoño de 1959. Sábado a mediodía, y por el corredor que atravesaba la segunda planta del edificio del Antiguo Palacio Real, donde a ambos lados se disponían los despachos de los jueces y las oficinas de los auxiliares, un tropel de gente iba y venía, apurando el paso ante la perspectiva de la tarde libre y del subsiguiente descanso dominical.

Me dirigía a la Secretaría cuando, sin pretenderlo, reparé en un joven alto y delgado que, a largas y firmes zancadas, avanzaba hacia el mismo destino que yo. Me impresionó el aplomo que denotaba su atuendo, un elegante uniforme de oficial del Ejército tocado con su gorra de manera impecable. Yo tenía la impresión de que todas las personas que se aglomeraban en aquel edificio eran inseguras y algo amedrentadas, a las que la sola visión de los largos pasillos y las robustas mesas de madera les cortaba las alas.

Él, sin embargo, el capitán (a juzgar por las tres estrellas de sus galones), ni por asomo parecía medroso, retraído siquiera. Su paso por el oscuro y reluciente embaldosado del pasillo era impetuoso, su presencia rebosaba amor por la vida, una vida que aún se hallaba en su esplendor primero. No debía de tener entonces más de veintiséis años, veintisiete a lo sumo, era muy bien parecido, y, pese a que la gorra le ensombrecía la cara, alcancé a ver un rostro muy varonil y fresco al mismo tiempo. Ahora que te lo cuento, sigo sin saber por qué la primera vez que vi al capitán se me quedó grabada tan fielmente su figura. Tal vez fuera cosa del tiempo: fuertes rayos de sol traspasaban entonces los velados

cristales del corredor y, por efecto de la refracción, iban a caer sobre los rostros de los que por allí deambulaban, haciendo resaltar sus encantos, si eran jóvenes, o revelando su pérdida, si se trataba de personas de una cierta edad. Probablemente me hubiera olvidado de él si diez minutos después no hubiéramos vuelto a coincidir, parados los dos frente al mismo mostrador de la Secretaría. Él por la parte de fuera, y yo por la de dentro, hablando con los oficinistas y dándole instrucciones a la funcionaria.

Ésta, la señorita Tisífone o Perséfone (Fone, en todo caso, como la llamaban para abreviar), era una mujer de edad inescrutable, soltera y sin maquillaje, de nariz afilada y busto prominente. En nuestro ambiente, daba la impresión de ser un senador, debido a su espesa y frondosa melena, de un blanco grisáceo que hacía recordar ciertas pelucas de tiempos pasados, así como por los modales displicentes con los que trataba a los usuarios del servicio, aunque no hiciera más que ocuparse del registro de entrada.

He de decirte que, entonces, yo aún era vocal con voto consultivo. Mis superiores y más veteranos, los magistrados, eran los únicos que tenían voto decisivo. Éstos raramente se dignaban a acercarse a las dependencias de la Secretaría y a descender a los légamos de la burocracia, de donde, de costumbre, arrancaba el ciclón de los casos. Quizá aprovechando el hecho de hallarme en la mitad de la jerarquía, y llevado también por la curiosidad connatural a mi carácter, cada mediodía, cuando amainaba el ritmo de trabajo, solía pasarme a lo largo de los expedientes archivados, atados todos ellos con cordones en cruz, y, pese a ser lo mío el protocolo, me lo saltaba para supervisar la situación, viendo cómo el busto de Fone se hinchaba más aún de lo que ya lo hinchaba la naturaleza.

—Dígame, señorita Fone, ¿qué viento sopla hoy?

Ésta era la pregunta a la que recurría yo para entablar el diálogo con «el senador» y meter las narices un poco en su trabajo, que, a la sazón, ella tenía por asunto personal y raramente permitía a nadie inmiscuirse en él.

—El mismo viento de siempre, señor vocal—me dijo con una voz salida como un soplo de su puntiaguda nariz.

Una nariz que era un verdadero espolón.

Aquel día parecía entregada a su trabajo y a duras penas me dirigía la palabra. La razón era evidente, pues una pila de solicitudes con sus correspondientes pólizas, timbres, tasas, sellos, firmas y recargos a favor de la Caja de Juristas y de la Caja de Socorro se alzaba amenazante sobre la bandeja de entrada, obstruyendo el paso de los rayos de sol que penetraban por la ventana.

—¡Hermoso día hoy, señorita Fone!—le dije sonriendo—. ¡Mire cómo brilla el sol fuera! Es la ocasión de hacer una escapada de dos días, por eso se está yendo todo el mundo.

Y, a decir verdad, todos se estaban yendo o se disponían a hacerlo.

Pero la señorita Fone se mostraba impasible. Y mientras intentaba pasar al protocolo algunas solicitudes retrasadas la sombra de nuestro visitante vino a caer sobre su mesa, perturbando, al parecer, su crónica ataraxia.

—El señor oficial desea dirigirle la palabra—le dije con aire conciliador.

La señorita Fone refunfuñó. Me recordó a los animales cuando los interrumpes mientras comen, que se vuelven gruñendo y enseñando los dientes.

—Son las dos—dijo el senador sin levantar siquiera la cabeza—. Que vuelva el lunes el señor.

Cierta contrariedad se dibujó por un momento en el rostro del joven capitán. Como si aquella frase, por un momen-

to, hubiera puesto freno a todo su ímpetu. Como se había quitado la gorra, pude ver dos ojos de un gris claro, algo infantil, que miraban con desconcierto coronados por dos cejas perfectas. Su frente tenía esa blancura que sólo se encuentra en las cumbres nevadas, y su mentón, muy prominente, remarcaba su aplomo, que alcanzaba el grado de triunfal.

Algo iba a decir el joven oficial (tal vez iba a quejarse) y ya la señorita Fone se hallaba preparada para contraatacar con la imbatible disposición de los escribanos, cuando, sin saber por qué, intervine de manera súbita tomando partido por el capitán.

—¡Las dos menos cuarto!—la corregí, como diciendo: «Proceda a darle curso a la solicitud del señor».

El senador levantó su mirada hacia mí y, a continuación, la dirigió hacia el visitante.

Debería haber tenido un pintor para inmortalizar entonces su expresión, o al menos un fotógrafo. Ahí donde las cejas de la solterona, depiladas a la perfección, siempre estaban fruncidas y era su frente inmaculada un mar de arrugas, de repente vi cómo el entrecejo se relajaba por completo y el semblante se le iluminaba.

—Sea, pues, por agradar al señor vocal—dijo con cierto embarazo, alargando su mano para recoger de la mía la instancia suspendida en el aire.

A posteriori pienso que, de haberse negado el senador a dar entrada a su solicitud (quién sabe, sólo tal vez), el joven capitán se hubiera ido sin rechistar, y, tras pensárselo mejor (tal vez, nuevamente), hubiera dejado para el día siguiente, o para el otro, o hubiera abandonado incluso, su intención de cursar aquella instancia. Eso, a buen seguro, lo hubiera salvado.

No habrían transcurrido más que unos cuantos minutos cuando, en un silencio roto sólo por el ruido de los pa-

peles que había comenzado a tramitar, se puso de nuevo a murmurar.

—Faltan las tasas para la discusión del asunto—alegó finalmente como excusa.

—Pero, señora...—le escuché decir por vez primera al capitán.

Su voz era tan juvenil y tan lozana como su figura, tal vez un poco más acampanada de lo que convendría a un oficial, y con un punto de descuido que tampoco se avenía al uniforme.

—Señorita—le corrigió la solterona, retomando el semblante severo al que nos tenía acostumbrados.

—La caja aún está abierta—intervine, pensando que era justo—. Que se acerque un minuto el señor capitán a abonar esas tasas.

Yo prolongaba mi presencia adrede, como si hubiera algo en la actitud de esa mujer que me hubiera excitado.

La señorita Fone miró fugazmente al militar, erguido al otro lado de su mostrador. Algo en su expresión debió de hacerla callar de nuevo. Su rostro desprendía tal fuerza y convicción, tal inocencia al tiempo, capaz de doblegar una roca o de abrir grietas en una fortaleza inexpugnable: una de esas fortalezas era, en realidad, nuestro senador.

—Que vaya, pues—concedió ésta con impostada indiferencia.

Y cuando el capitán, con una ancha sonrisa de satisfacción, se dirigía hacia la puerta con su gorra debajo del brazo y abanicándose con la carpeta, reparé en que la mirada de Fone se había ido tras él.

Sus ojos se apartaron después y, con cierto aire culpable, acabaron alzándose hacia mí. «¿He hecho bien?», parecían estar preguntándome. «Muy bien», parecía que le respondía yo. Sin embargo, tuve la repentina sensación de que,

en vez de mirarnos, ambos teníamos en la retina la figura del capitán. Como si él hubiese proyectado su sombra sobre nosotros dos: una pesada sombra que no nos abandonaría fácilmente.

Carraspeé para romper el silencio mientras la señorita Fone escrutaba la solicitud con rutinario ademán.

—¿De qué se trata?—dije por decir algo.

—Bah, nada importante, señor vocal—afirmó con su voz nasal—. Es un caso de ascenso denegado, si no he entendido mal.

—¡Ah, vaya!—dije, prestándole atención a unos trinos que llegaban del jardín vecino—. Tengo que dejarla—mascullé con prisa—. Despache al apuesto capitán y, después, lo dicho: coja su petate y... ¡de excursión! ¡Buenos días! —Y me fui hacia la puerta poniéndome el sombrero.

Ya había cruzado todo el corredor y bajado por las escaleras que salen a la avenida de la Reina Sofía¹ cuando, de repente, como si hubiera sido cosa de un eco, escuché resonar en mi cabeza las palabras que acababa de decir: «Despache al apuesto capitán».

Y así, sin darme cuenta, ya había dado nombre y atributo a ese anónimo ser que habría de ocuparnos durante tanto tiempo.

¹ Se trata de la reina Sofía de Grecia (1870-1932), abuela de la reina Sofía de España. (*Todas las notas son del traductor*).

Pasaron semanas, meses, hasta que volví a ver al capitán.

Sumido en los casos que llevaba entonces, ni siquiera se me pasó por la cabeza interesarme por su solicitud. Además, por los pasillos y por los despachos bullían las conversaciones con los colegas. Era, si mal no recuerdo, el mes de febrero del año 1960. Había huelga de periódicos y la retransmisión de noticias se hacía de boca en boca. Juicios de altos cargos del Partido Comunista, acusaciones de los soviéticos y, poco después, una inquietante noticia: golpe de Estado militar en Turquía.

Era uno de esos días soleados del invierno que sumía el edificio en un cálido abrazo.

—¡Mira cómo se han levantado los militares!—me dijo a la entrada, después de saludarnos, el magistrado A., haciendo un ademán con su canosa cabeza—. ¿Qué opinas tú al respecto?

—Amigo mío—dije levantando las manos—, yo, de asuntos militares, estoy pez.

Y nos fuimos los dos, cada uno a su despacho.

A los pocos pasos, vi de lejos al oficial. Estaba dando vueltas pasillo arriba, pasillo abajo. Él también me vio, y me pareció que tenía intención de hablarme. Un tropel de alguaciles y visitantes del servicio se interponía entre nosotros, haciendo que no fuera fácil acercarnos. Él, sin embargo, se abrió paso entre la gente con agilidad y, al momento, estaba ya a mi lado, en posición de «firmes» y saludándome a la usanza militar.

Los años anteriores me habían dejado la amarga expe-

riencia de que las personas que recurren a la Corte se acaban volviendo unos recalcitrantes, unas *sanguijuelas*, preguntando a todas horas por su caso, importunando a todos, desde los alguaciles hasta los magistrados, y ello hizo que me encarara al oficial con comprensible desconfianza. ¡Cómo podía yo, un simple vocal, saber en todo momento el estadio en que se hallaba cada caso!

—¿Cómo está? Me alegro de verle. ¿Cómo va su caso? —le dije, adelantándome a su pregunta.

Un ligero rubor teñía el blanco de su piel, haciendo perder a su viva mirada algo de su habitual aplomo.

Resultaba evidente que sentía ante mí cierto respeto y cierto apocamiento juvenil, muy contrarios ambos a la impetuosidad de su figura.

—No tengo noticia—me dijo con un leve embarazo—. Tal vez sepa usted algo más que yo.

Lo evalué con la mirada, y mi ponderación, que no duró más que un instante, resultó indulgente.

—Acompañeme—le dije, y aunque me dirigía a mi despacho, cambié de rumbo y nos encaminamos los dos a la Secretaría.

La mayoría de la gente iba de traje y corbata, aunque algunos llevaban jersey, con el cuello de la camisa abierto. No era partidario del libertinaje en el vestir, pero tampoco condenaba a quienes intentaban librarse de las formalidades. Mi propio gesto, pensaba, de acompañar a esta persona en las indagaciones que ella debía hacer por sí sola era también un acto de libertinaje frente a la burocracia. Algo que, en el fondo, se avenía asimismo a la estructura tradicionalmente democrática de la Corte Suprema, pues su labor, te recuerdo, es someter los actos del poder ejecutivo a un control judicial por parte de un tercer poder independiente.

—Éstas son las oficinas de la Secretaría—le dije, como queriendo recordarle el escenario de nuestro primer encuentro—. Aquí podrá enterarse del rumbo que ha tomado su caso en el departamento de la Corte al que ha sido asignado, y tal vez pueda saber el nombre del instructor encargado.

Y le expliqué, en pocas palabras, el procedimiento.

El joven oficial me escuchaba con tanta atención, y con su mirada clavada de tal modo, que, en un momento dado, me vi obligado a bajar la mía. Sus ojos desprendían una radiación especial, mezcla de inocencia juvenil y de confianza en sí mismo, que podría llegar a tomarse por altanería.

Me disponía a despedirlo, entregándolo al abrazo de nuestro senador—quien, con su cenicienta peluca y su incisiva nariz (como un pico de ave exótica), aguardaba emboscada al fondo de la estancia—, cuando el oficial, cogiéndome de la manga de la chaqueta, me dijo en voz baja:

—Tal vez sería mejor que viniera usted conmigo.

Era el tono de su voz tan persuasivo y cálido que, abriéndome paso por el laberinto de la Secretaría, le permití que me siguiera.

—Aquí—dije, inclinándome sobre el senador—la señorita Fone nos pondrá al corriente del asunto. ¿Tiene con usted el número de protocolo?

Esperaba que el joven se pondría a rebuscar en sus bolsillos hasta dar con un papel ajado y leer después el número, no sin cierto embarazo. Pero no fue así. Muy al contrario, dijo con claridad el número que había memorizado, sacando a nuestro senador de su proverbial letargo. Un escribano se había quedado con el sello suspendido en el aire, mientras otro lanzaba una mirada patética desde detrás de su libro de asientos. Todos lo miraban pasmados.

—¿Y bien, señorita Fone?—dije con cierta impaciencia—. El señor está esperando.

Me miró de reojo. Era la segunda vez que me entrometía en sus funciones intercediendo por la misma persona. Pero no se atrevió a replicar en lo más mínimo. Al contrario: con certero proceder, encontró en su registro la referencia del expediente y, desatando las cintas del cartapacio, sacó, como por arte de magia, una copia de la solicitud del capitán.

—El original ha sido remitido a su destino—me dijo, apretando los labios e ignorando de forma manifiesta al capitán.

—¿Me permite?—dije yo, quitándole con tino la copia de la mano.

Volvió a reclinarsse sobre su escritorio y a trajinar con sus papeles, mientras el capitán y yo comentábamos en voz baja el asunto. Por el rabillo del ojo, sin embargo (más pude intuirlo que verlo), escrutaba al capitán de pies a cabeza.

Había visto a muchos militares entrar a nuestras oficinas, y todos, desde el más joven y esbelto hasta el más viejo y barrigón, iban vestidos de forma impecable. Todos con la severidad de su procedencia. Éste, sin embargo, el capitán, que no era la excepción a la regla, la superaba. No era sólo la raya perfecta de su pantalón, los lustrosos zapatos de charol marrones, el nudo triangular de su corbata caquí, el escudo que brillaba en su gorra o las relucientes estrellas de sus galones; ni tampoco los dos pliegues que, en su espalda, daban vuelo a la tela, subrayando la esbelta línea de sus hombros—ni el mejor sastre hubiera podido conseguir ese efecto sobre otro modelo—; era su gracia, unida a su aplomo—que venían ambos de un lugar profundo, quizá de su alma—, lo que confería belleza y apresto a aquel uniforme.

Tras echarle una mirada a su solicitud y escuchar de él algunas razones, le toqué el hombro de forma protectora,

como a un niño más vivo y más airoso que los otros, dándole mi palabra de que su caso sería examinado con justicia.

Me miró con sus ojos brillantes, en los que entonces no supe detectar más que agradecimiento.

«Tanto mejor—dije para mí—, pues este joven, además de sus otras cualidades, es discreto y amable. Sin embargo, ¿por qué razón el Consejo Militar le habrá denegado el ascenso?». La justificación referida en el documento decía «inquieto y poco disciplinado, propenso a la discusión», pero eso, en el fondo, no significaba nada, y el hombre debía de tener argumentos de peso para recurrir a nuestro tribunal.

Lo acompañé hasta la puerta de la Secretaría y me quedé mirándolo mientras se alejaba por el corredor.

Entre los muchos que iban y venían—algunos descuidados y abrumados, y otros simplemente dignos—, él caminaba hacia la salida con un porte que sólo había visto en los desfiles, y con un aire de optimismo que pulverizaba cualquier adversidad.

«¡Este muchacho llegará lejos!», recuerdo que me dije.

Más tarde, al volver sobre mis pasos para depositar de nuevo el documento en manos del senador, me topé con la mirada de ella.

Había abandonado su trabajo y parecía haber estado asistiendo a mi encuentro con el capitán. Había algo maliciosamente encubierto en aquella mirada. Me asusté un poco.

—Aquí tiene—le dije, devolviéndole el papel—. Devuélvalo a su sitio, por favor, y—no sé cómo se me ocurrió decirselo—prepáreme una copia para uso personal.

El senador metió con decisión el impreso dentro del cartapacio y empezó a atar las cintas. A veces, se volvía a mirarme.